

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 451 – viernes 7 de mayo de 2021

KO de Isabel Díaz Ayuso

Emilio Álvarez Frías

Bueno. Algo se aclara. El primer asalto ya está ganado por KO. Isabel Díaz Ayuso ha sabido utilizar las armas que a España, a Madrid, mejor le venían en esta oportunidad, demostrando a Pedro Sánchez y al querubín sentado junto a su trono para soplarle lo que tenía que hacer para ganar su cielo particular, que en esta ocasión no habían acertado, la jugada les había resultado ful. Isabel ha ganado por goleada en la Comunidad que mejor responde a las necesidades actuales de la nación. Es como si hubiera tocado a rebato las campanas del reino, que ahora deberán ir repicando por pueblos y ciudades hasta conseguir vencer la pandemia del covid-19 y la del sanchismo.

De momento ya se ha producido la huida del tipo más despreciable que anda por el país, aunque, incomprensiblemente, ha encontrado cobijo en el seno de Roures, estercolero que recoge la mayoría de la basura de la nación, dando oportunidad a Jiménez Losantos de que comentara que «solo falta que a Iglesias le nominen en "Gran Hermano" o en "Supervivientes". Este acaba de suplente de Jorge Javier Vázquez o de Carlota Corredera». La escapada de Iglesias ha sido sin pensar en los seguidores como lo hacía Monedero hace unos días: «¿qué hacemos con los gilipollas que cobran 900 pavos y votan a Ayuso?». Esa es la consideración en la que tienen a sus incondicionales esta canalla, que solo piensan en sus intereses personales.

En este número:

- ✚ **KO de Isabel Díaz Ayuso**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Ayuso dinamita la III república**, *José Alejandro Vara*
- ✚ **España catatónica**, *Javier Barraycoa*
- ✚ **El plan quinquenal**, *Enrique del Pino*
- ✚ **El Bien, la Verdad y la Belleza**, *Javier R. Portella*
- ✚ **Ivan Redondo: olvidado rey Gurú**, *Guadalupe Sánchez*
- ✚ **Una nueva demencia escolar**, *Juan Manuel de Prada*
- ✚ **Ley de expropiación de la infancia**, *Rafael Sánchez Saus*
- ✚ **Lenin y Franco**, *Julio Merino*
- ✚ **Monedero cazado en un bar: «¿Qué hacemos con los gilipollas que cobran 900 pavos y votan a Ayuso?»**, *Segundo Sanz*

Los madrileños, como en otras ocasiones de la historia de España, levantaron la bandera del 2 de mayo, aunque el día después de que se conmemorara el fusilamiento de La Moncloa, y ahora queda proseguir la guerra día a día, minuto a minuto, lo que sin duda es tarea dura y en la que será preciso perseverar sin desmayo. Para ir ganando terreno permanentemente será imprescindible que Pablo Casado modifique su plan operativo, cambiando la posición de sus fuerzas y variando la ruta que seguía, ya que esa no lo conduce a ninguna parte donde el sol luzca son limpieza y alegría.

La izquierda más rastrera se ha visto desarbolada. No le resultará fácil llevar anclas para iniciar un cabotaje que le vaya ofreciendo puertos seguros. Pero quedan unos hijos espurios que aspirarán las glorias de sus orígenes y que pretenderán seguir sus pasos aunque con diferentes amaños, artes y fullerías variadas, persiguiendo intenciones similares aunque con barnices diversos, heterogéneos maquillajes y aspectos dispares.

También habrá que tener cuidado con la generosa oferta de libertad que ha hecho Díaz Ayuso a la colectividad. Todos la hemos pedido junto a Ayuso y probablemente esa palabra ha sido el talismán que ha atraído a no pocos votantes. Pero es palabra que requiere vigilancia. Si no se controla es fácil se pueda desbocar, lo que originaría resultados nefastos.

No viene mal el recordatorio de que existen infinidad de trampas por el camino que recorreremos. Para que el aviso esté presente y evitar la posibilidad de caer en alguna de las muchas que surjan en el camino, hoy traemos un precioso botijo de «pasión» o «trampa», con tres pitorros, que nos obliga a espabilar y valorar cuál es el pitorro por el que debemos beber. Servirá para estar permanentemente atentos Es una bella pieza de Astudillo, Palencia.



Ayuso dinamita la III república

José Alejandro Vara (*Vozpópuli*)

Tres de los seis contendientes en la batalla de Madrid han salido despedidos por la borda. Gabilondo, Iglesias y Bal emergen del 4-M políticamente difuntos. Hay un cuarto damnificado que no lucía dorsal pero que, posiblemente, es el principal perdedor de la carrera. Pedro Sánchez ha resultado malherido en este envite que pensaba un juego de niños. Sólo había que «quitarle la piruleta a esa bobita», le decían sus asesores. Ha sufrido un bofetón sin precedentes de consecuencias predecibles. Madrid le ha demostrado que no es indestructible, que su imbatibilidad es un fugaz espejismo y que su propósito de celebrar el centenario de la II república en la Moncloa, camino de la III, quizás no pase jamás las fronteras del sueño. Desde su tronillo de napoleoncito arrogante lanzó un desafío improbable a Ayuso sin percibir que el reto lo recogían los madrileños, esa gente «tabernaria» al decir de Tezanos. Tantos desprecios, agravios e insultos le ha dedicado Sánchez a la Comunidad que el desquite de las urnas ha resultado de estrépito. Ayuso ha conseguido más escaños que toda la troupe de las izquierdas junta.

Le encargaron a Gabilondo una quimérica misión. Mantener enhiesto el estandarte de la izquierda en un territorio que le es adverso desde hace cinco lustros. Tres veces le cambiaron el lema al aspirante, dos la estrategia, otras dos la chaqueta para, inevitablemente, estamparse contra el muro del desastre. Gabilondo ha sido un cuestionable can-

didato, Sánchez un lamentable estratega y la factoría de ficción de la Presidencia ha resultado un artefacto averiado. Embarraron la cancha, agitaron fantasmas ideológicos, izaron las banderas del frentismo, reforzaron los muros del guerracivilismo, alentaron la vía del choque rabioso y el encontronazo visceral con la apacible grey de la derecha hasta desbordar las lindes del paroxismo. Lo intentaron todo, hasta la agresión física al contrario. Los matones de Podemos, esa patota peronista y cobardona, arrojaba ladrillos sobre las cabezas rivales, familias con niños, ancianos inadvertidos, mientras Marlaska los ocultaba bajo su manto.

El timo de las emociones

Iván Redondo se lleva el trofeo del gran naufrago de la contienda. Ha fracasado en todo. Se columpió primero con la moción murciana, se fio de cómplices advenedizos y de estrategias torpes y aquello devino un estropicio del que se avivó Ayuso, esa espabilada muchachita de Chamberí, que le dio la vuelta a la jugada y convocó unas elecciones que pocos creían y demasiados temían.

El superasesor de Presidencia ha sido incapaz de entender Madrid. Su famosa estrategia de las emociones ha resultado un chiste sin maldita gracia. «Miedo, rechazo y esperanza», por este orden, son los parámetros que mueven a los electores, según su libretilla de gurú invencible. Todo le ha salido al revés. El miedo lo ha causado Iglesias, su colega, amigo y socio, con sus truculencias iracundas del 36, sus aspavientos con las balas postales, sus gorilas bucaneros, sus amenazas, sus insultos, su actitud retadora, faltona y siempre hostil. Tras recibir el patadón de la noche, el líder morado anunció el abandono de la política. O viceversa. Cerró la puerta al salir. El rechazo lo producía su propio candidato, el pobre Gabilondo, un personaje traspapelado, tan fuera de lugar como Biden en una fiesta del pijama.



La esperanza, sabido es por todos los madrileños, es elemento privativo del PP. De Aguirre, concretamente y ahí están sus absolutas como prueba. El acierto de Ayuso ha sido ampliar la zona de juego hasta el territorio de la libertad, concepto odiado, perseguido y pisoteado por esta izquierda troglodita que maneja los asuntos públicos. Ha sido ese el gran despiste de Iván el tamborilero donostiarra, el no percibir que, igual que en el mayo francés «debajo de los adoquines está la playa», en el mayo madrileño «debajo de las terrazas está la libertad».

«España me debe una», advirtió Ayuso al anunciarse la fuga de Iglesias del Ejecutivo. Ahora, después del testarazo, le debe dos. Quizás hasta tres. Pablo Iglesias encarna todo aquello que el madrileño desprecia. De entrada, es comunista, algo que esta región, conservadora y liberal, demócrata y plural, abomina con fruición. Es un consumado holgazán, tal y como explican sus propios excompañeros de Gabinete, lo que encaja mal en esta zona emprendedora, sacrificada y laboriosa. Y un machista despreciable, nunca lo ocultó. Basta con atender a sus movidas personales, tan públicas, y a sus persistentes

declaraciones y exabruptos con perspectiva de género, por supuesto. «Nunca un marxista había llegado tan alto en un Gobierno de la Alianza Atlántica», se jactaba días atrás en un rotativo italiano donde anunciaba ya su próxima pirueta. De la vicepresidencia del Gabinete a la máquina intoxicadora de Roures, troskista y millonario, amigo de los golpistas catalanes y gran beneficiario durante años de la estúpida política mediática de la derecha.

Frankenstein siempre estará ahí

La batalla de Madrid, algo más que una escaramuza, plantea algunas incertidumbres de serio calado. El futuro de la izquierda, por ejemplo. Hay una fuerza ecológica, urbana, europea y aseada, que más encarna Errejón que García «la pistolera», con ganas de crecer, engullirse a Podemos y plantarse frente a un PSOE avejentado, humillado y hasta maltratado por su propio secretario general. Sánchez odia al PSOE (auténtico) como el PSOE lo odia a él. Es un equilibrio de desconfianzas y de intereses que no puede prolongarse en el tiempo. El respaldo de la pandilla basura (copyright Rico) de Frankenstein siempre estará ahí. Al menos hasta las próximas urnas. ¿Y entonces? Sánchez, el aventurero impostor, ha mordido el polvo y ha comprobado que sabe a rayos. Desde su altanería



despótica no imaginaba semejante tropezón. Daba por hecho que sojuzgaría a la candidata, que arrasaría Madrid. Sólo intuía el cataclismo en el tramo final de la campaña. Se borró del escenario, abandonó al zangolotino sosomán, tan acariciado por el centrismo nacional, y se protegió ante la lluvia cascotes.

Madrid ha abofeteado a Gabilondo, al PSOE, a Sánchez y a su Gobierno. Es el principio del fin de una forma de gobierno, la de las trampas y la indecencia, los embustes y la chapuza, la apoteósica ineptitud. Nunca, jamás, un Ejecutivo español ha amontonado en su seno semejante cantidad de indeseables, incapaces, iletrados, gandules y, desde luego, feroces enemigos del Estado de derecho y del edificio de la Constitución. El revés que ha sufrido Sánchez en las urnas va mucho más allá que el tropezón de Gabilondo. El fortísimo cimbronazo del 4-M conocerá réplicas a escala nacional y, posiblemente, actuará como elemento decisivo en un cambio drástico en el tablero político español. Hay una izquierda, y no sólo Mas Madrid, a la que Sánchez ya le estorba.

La hora de Casado

En Moncloa disimularán el batacazo mediante una agenda rebosante de millones de vacunas y fondos europeos. Intentarán acelerar el desarrollo de su agenda ideológica (la república tendrá que esperar) y hasta radicalizar sus desmesurados proyectos. Todos los focos, sin embargo, se orientan ya hacia la próxima cita electoral. Primero, Andalucía, donde el PP reforzará su liderazgo y, a continuación, las generales, a las que el PP sueña ya con acudir con todo el espectro ideológico de la derecha agrupado en sus filas o alrededores. Ayuso ha cumplido. Con indiscutible solvencia, sola frente al mundo (incluido el propio) ha cumplido holgadamente su misión. Será llegada la hora de Casado, que tendrá un determinante desafío: acabar de una vez por todas con el sanchismo, esa plaga vitriólica y atroz que a punto ha estado, y está, de llevarse a este país por delante. Soplan vientos de cambio, ahora cabe esperar que no lo malogren.

España catatónica

Javier Barrycoa

España no está muerta, aún. España no está totalmente tetrapléjica, hasta ahora. A España le quieren aplicar la eutanasia, no hay duda. Pero de momento, España está simplemente catatónica. Sigue viva, pero sin sus capacidades motoras y cognitivas en condiciones mínimas para reaccionar ante un peligro más que inminente. España fue hipnotizada por Felipe González, lisonjeada por José María Aznar, desbrozada por Zapatero, aletargada por Rajoy y noqueada por Sánchez.

España ahora yace en la lona del ring. La sangre no fluye al cerebro, la mente no rige, el árbitro ha iniciado la cuenta atrás. Ciertos espasmos, o movimientos políticos agitados y pasionales, nos hacen creer que hay cierta reacción social. Pero estos movimientos son harto insuficientes, falsas ilusiones fruto de reacciones mecánicas. Abandonemos el símil pugilístico y vayamos a la realidad. En lo espiritual simplemente se ha dinamitado cualquier resto de estructura moral natural y no digamos de la sobrenatural. En lo material, el Estado español ha batido su récord histórico jamás registrado de deuda pública de tal calibre.



La estructura económica está simplemente quebrada, aunque lo disimulen todos. Europa piensa cobrarse al modo griego la deuda en la que nos han sumergido nuestros gobernantes. Por otro lado, Marruecos se está convirtiendo en una potencia militar con afanes expansionistas, se nos mea con las aguas territoriales, nos chulea con los caladeros y se felicita enviándonos trágicas pateras. Y nadie reacciona.

Un parásito social como Puigdemont aún se ve con fuerzas de prorrogar la

inestabilidad en España, o presos condenados por sediciosos, pueden salir de sus cárceles para hacer campaña política. La ilegalidad ha encontrado su lugar de confort en la España socialista en un estado de alarma permanente que permite colar las más insidiosas de las leyes y decretazos. Se desarticulan los mandos policiales preparados y se riegan de prebendas carcelarias a los etarras asesinos. El asalto a la judicatura ya se ha iniciado. El jefe de estado calla. Todo en sigilo, como si nada pasara, se prepara un cambio de Régimen. Da igual, España está catatónica y sus enemigos no esperan que reaccione.

Cuando te han golpeado repetidamente en la cabeza, es decir, cuando las elites han traicionado al país, y sólo piensan en ellas, todo se nubla para el cuerpo social. Se pierde el sentido de la existencia y, lo que es peor, de la esencia. Cuando un país pierde sus raíces, su visión de futuro se torna miope y sólo alcanza al cortoplacismo vital. En esta situación, los tacticismos políticos sustituyen a la estrategia nacional. Todo se vuelve confuso: los partidos políticos se vuelven erráticos, la locura inunda el ámbito de la política, todo roza el suicidio asistido o a pelo. En el mejor de los casos la catatonía suele derivar en un tipo delirante y crónico, donde el sujeto desconecta totalmente con la realidad. Así nos convierten es espectadores mudos de nuestra autodestrucción.

Pero no hay que perder la esperanza. Dicen los expertos que la catatonía crónica se remedia con una buena terapia electroconvulsiva. Para los que no expertos, se podría traducir esta terapia de choque como un buen chute de revulsivos; o como diría la abuela... «un buen sopapo para que despierte la niña». Perdonen la expresión, pero siendo la situación trágica no hay más remedio que recurrir a imágenes contundentes de lo que España necesita.



Ya no necesitamos reactivos meramente electorales que vienen a ser como las píldoras ilusionantes o frustrantes que nos prescriben cada cuatro años. España necesita despertar; un despertar milagroso fruto de una toma de consciencia que rompa los marcos en los que nos encierra el constitucionalismo esterilizador y la bonhomía. España necesita de hombres de raza como los que ante el advenimiento de la II República supieron

que cada día se convertiría en una batalla a librar por la salvación de la Patria; necesita de aquel tipo de hombres y mujeres que supieron decir no a un destino que parecía inevitable y determinado por las leyes de la Revolución. España necesita de salir urgentemente de su estado catatónico en el que la han sumido tras cuarenta años de interminable transición. El despertar puede ser traumático, el no hacerlo es mortal.

El plan quinquenal

Enrique del Pino

Allá por finales de los años veinte del siglo pasado el siniestro Josef Stalin, debidamente dado de pasto a los gusanos su mentor Lenin, inventó la cosa que llamó el Plan Quinquenal. Consistía en urdir un sistema más o menos patriótico para levantar de la miseria a su pueblo, que entonces era la Unión Soviética. Para llevarlo a efecto, dado que era un criminal por naturaleza y practicaba todas las consignas emanadas del marxismo, en su versión operativa Comunismo, no tuvo reparos en dar a las sepulturas los huesos de sus conciudadanos, que no fueron pocos los que protestaron cuando vieron cómo les robaban sus propiedades, destruían sus familias, encarcelaban a la gente y demás lindezas del mismo jaez, detalles que ya sabían desde la Revolución. Como la industria presentó resultados a su gusto, repitió, y así lo fue haciendo quinquenio tras quinquenio, de forma que, al cabo, los había encadenado y sabemos, porque lo airearon, que entre él y sus sucesores alcanzaron más de la docena (en planes) y sobrepasado el millón (en vidas humanas), una cifra oscura que no tuvo réplica hasta



que otro de su cuerda (floja), un tal Adolfo, le engañó quince días antes de propinarle en toda la boca un puñetazo histórico.

La novedad, en aquellos tiempos, era plato de gusto en buena parte de Europa y los lacayos de otros países pensaron que podían ir copiándola, y así lo hicieron, satisfechos de ver lo bien que les iba la vida, y la cuenta corriente, minucia que los comunistas olvidan para orgullo de la Causa. Y no solo en la parte oriental del continente que nos toca, sojuzgada poco a poco desde el lado Este, sino hasta en la otra parte del océano, pues también la Argentina picó el anzuelo. Después se sumaría una pequeña isla llamada Cuba, y aparecerían pupilos en otros cuantos países. Pero esa es otra historia.

La que estamos contando se remite al llamado Plan Quinquenal. Algo así como meter al pueblo en la marmita de los despropósitos, so pena de pasar las moradas por disenter. Las moradas no eran las de San Juan de la Cruz, que tenían el sello místico de su fe, sino las del color de la bilis pintado en el rostro, que se veía desde lejos, pues entonces no se usaban mascarillas para combatir el virus que, miren ustedes por donde, otros comunistas han puesto en circulación. Una maniobra letal, por mor de un relevo en el mando de este complicado planeta. En fin,

Y de estos enjuagues y esoterismos, de estos experimentos sin gaseosa, de estos planes orlados de misteriosas interrogaciones, ¿qué nos toca a nosotros, los atónitos españoles, a los ojos de todo el país de los mansos corderos? Nada. Unas migajas en forma de promesas, unos negocios untados de aceite de los que solo se beneficiarán unos cuantos, unas vacunas que no llegan, o lo que es peor, si llegan lo hacen con retraso, una letanía estúpida que nos va contando cansinamente cuánta gente se va infestando, cifra que los periodistas del montón rematan con la de muertos, y así, que rueda la bola.

Pero tenemos entre nosotros otros españoles, porque han nacido en estas tierras, que optaron por ver esta función desde los palcos, a resguardo de los vientos y asegurándose

las espaldas. Para ello, pensaron, nada mejor que organizar un plan. ¿Un plan? ¿Y cómo, de dónde sacarlo? No podía consistir en quedarse sentado al paso de la bandera de un país amigo, ¡vaya numerito!, ni tampoco la estafalaria ocurrencia de un malhadado Plan E, de antecesores perversos, nada de eso. Convenía que fuera un verdadero plan de raigambre, contrastado por la historia reciente, de buena cuna y lejos de falsas referencias. Un plan de largo alcance, de seguros resultados... ¿Qué tal uno Quinquenal? No es una fantasía, pues nuestro maestro de ceremonias, al mirar en



derredor, captó el mirar ansioso de uno de los políticos (?) del momento y, en un pispás le ofreció la llave de un devenir sobrado con tal de que se abrazaran en público. Era el enemigo perfecto: la ayuda mutua. El insomnio albacea de un trato que no podía fallar... ¿Que no podía fallar? Al menos durante cuatro años. ¿Cuatro años? Sí, más uno que ya llevaba de adehala el caballero del puño en el pecho, total cinco. Plan Quinquenal a la medida. Sí, pero aquí no hay muertos. Bueno, eso se lo dejamos a la pandemia, a los presidentes de las regiones, a los sanitarios, a los enterradores, al señor Simón, al avinagrado Illa, a la sustituta Darías, a los de la Secta... No importa. He aquí el plan para seguir destruyendo un país, un país, ya lo he dicho, que está en trance de silencio. El silencio de los corderos.

El Bien, la Verdad y la Belleza

Javier R. Portella *(El Manifiesto)*



Demos gracias a nuestras madres y a nuestras abuelas que nos han enseñado a defender el Bien, la Verdad y la Belleza: los trascendentes del ser». Con estas palabras pronunciadas en la madrileña plaza de Colón emprendía Santiago Abascal el mitin de cierre de la campaña electoral de Vox en Madrid.

«¿Qué?... Pero ¿qué dice este tío?», habrán exclamado todos, desde Podemos hasta el PP. «Vale con el Bien –habrán añadido–. Querrá decir el Bienestar económico. Pero ¿la Verdad, y sobre todo la Belleza? ¿Qué pinta la Belleza en un mitin electoral?».

Nada pinta, en efecto, en un mitin al uso. Y aún menos pintan «los trascendentes del ser». «Los... ¿qué? –habrán añadido los mismos–. ¡Uy, uy, uy!... Tranquilos, es una cosa de filosofía –quizás les haya explicado el profesor Gabilondo–. Quiere decir algo que va más allá, que trasciende lo inmediato. Pero –habrán concluido– ¿y esto qué es? Jamás se había oído nada parecido en un mitin».



El mismo sitio, ayer y hoy: Chamberlain Square, en Birmingham. Donde estaba la belleza de aver se alza la mole de hov

Nunca se habían oído, es cierto, palabras parecidas en un mitin de ningún partido. De ninguno de esos partidos que sólo les hablan a sus clientes de las mercancías –estropeadas en su mayoría– que les intentan endosar. Pero Vox es distinto, Vox es otra cosa. Y Vox, además de luchar

por los objetivos políticos, culturales y económicos más candentes, tiene la

misión y la obligación de ir más allá, más lejos (trascender se le llama a eso), esbozando como mínimo los principios básicos de lo que tiene ser un orden nuevo, un mundo distinto.

Un mundo en el que vuelva a imperar aquello que invocaban los griegos: *kalòs kagathós* –la conjunción simultánea de lo bueno y de lo bello– decían para significar lo que para ellos era y para nosotros tiene que ser –no, hoy no lo es– la expresión más alta de la existencia de los hombres en la tierra.

Porque si algo es nuestro mundo no es ni bueno ni bello. Práctico, eficiente (con todas los defectos que se quiera), eso sí lo es. Pero bello... Seamos claros: nuestro mundo, nuestro entorno, el aire mismo que respiramos, es profunda, intrínsecamente feo.

Ningún otro momento de la historia ha conocido semejante fealdad. ¿O no habéis visto las monstruosidades de nuestro arte oficial, ese que, bajo el nombre de «arte contemporáneo», hace que nuestra época sea la única que se mancilla calificando de bellos tales horrores? ¿O no vivís y andáis por nuestras ciudades, no os paseáis y os regodeáis por nuestros campos, playas y montañas? ¿Tan embotada tenéis el alma que no veis ni os dicen nada los mil adefesios (ya edificios, ya «monumentos») que, esperpénticos unos, insulsos y vulgares otros, nos rodean?

Hagamos pues todo lo necesario –esto es lo que apuntaba Santiago Abascal– para que dejen de rodearnos. Para que aspiremos, tanto como al bienestar, aún más acaso, al bien y a la belleza de ser.

Iván Redondo: olvidado rey Gurú

Guadalupe Sánchez (*Vozpópuli*)

Si las urnas confirman lo que anticipan las encuestas y Ayuso arrasa en las elecciones, el mayor perdedor del 4-M no será Gabilondo, tampoco Iglesias. Ni tan siquiera Pedro Sánchez. Será Iván Redondo quien sufra en sus carnes los sinsabores de la derrota.

El gurú del sanchismo, el hacedor de relatos sobre Su Persona, sabe que el peso de su poder en Moncloa pasa por lo que suceda en Madrid. Él, que se creyó maestro en la manipulación de las emociones populares, jamás pensó que podría sucumbir ante aquella que, en un principio, consideró su rival más débil: Isabel Díaz Ayuso.

Su trayectoria profesional es la que lo ha llevado a cometer el mayor de los errores: creer que gestionar es algo aburrido e incapaz de levantar pasiones, que los principios en política no existen y que no hay mejor recurso para movilizar al electorado que la ideologización de la realidad y la llamada a las tripas.



Pero frente al político que adopta decisiones que sólo redundan en su propio interés o en el de su partido, Isabel ha demostrado que la política puede y debe ser otra cosa. En lo peor de la pandemia, con todas las huestes gubernamentales –y no pocas de su propio partido– afanadas en caricaturizarla, ella actuó contra corriente, asumiendo un enorme coste político y personal, adoptando medidas cuyos únicos beneficiarios eran,

por una vez, los ciudadanos.

Tras tres meses de encierro domiciliario decretado por el Gobierno central, ésa a la que tildaban de loca demostró a Madrid, a España y al mundo que existía una alternativa sanitaria a la estrategia medievalista impuesta por el consenso político y mediático. Que es posible conjugar salud, libertad y economía porque al virus no se le derrota a base de servidumbre y miseria.

Una gestión valiente e innovadora que ha emocionado más a la gran mayoría de los madrileños que la opereta –guionizada por Iván– de los sobres fascistas con balas y cuchillos. El gurú ha manejado el vodevil torpemente, puesto que todo el mundo ha visto que su final abrupto llegó no cuando cesaron las supuestas amenazas, sino en el preciso instante en el que Ayuso se convirtió en una de las destinatarias. La gente cada vez cree menos en las casualidades, Iván. Aunque hay que reconocer que tampoco ha jugado en su favor que se haya filtrado antes de la votación el secreto mejor guardado por Interior: que quienes lideraron las agresiones contra los asistentes al mitin de Vox en Vallecas eran miembros de la escolta informal del hasta hace poco vicepresidente, y ahora can-

didato a la Presidencia de la Comunidad de Madrid, Pablo Iglesias. A los lobos se les han caído las caretas de corderos sin que Iván haya podido hacer nada para evitarlo.

El franquismo y las lentejas

Ayuso tiene en su haber el anticiparse a muchas de las medidas que finalmente ha tenido que asumir el Ejecutivo tras intentar previamente ridiculizarlas. También el que Madrid lidere el crecimiento y la creación de empleo como consecuencia de haberse negado a implementar cierres y restricciones cuyo sustento científico cada vez es más cuestionado. Mientras la estrategia de la mayoría de los líderes autonómicos –heredera de la del sanchismo– ha consistido en imponer, cerrar y prohibir, la de la Comunidad de Madrid se ha centrado en adoptar medidas ponderadas en atención a la evolución sanitaria.

Iván, henchido de poder, creyó que podía lograr que la opinión pública asociase estos logros con el fascismo. Pero parece que la ciencia de la politología no ha conseguido convencer a los ciudadanos de que el no impedirles llevarse un plato de lentejas a la mesa o percibir ingresos con los que poder pagar la hipoteca sea algo digno de ser considerado nazi, franquista o fascista. El seguir siendo autosuficientes podría haber resultado un reclamo más seductor para los madrileños que el señuelo del Estado protector, inclusivo, verde y con perspectiva de género que les ofrecía Iván. El 4-M puede ser la tumba de la política del eslogan y la propaganda, el final de la carrera de alguien que un día creyó ser el rey de los gurús. ¿Será Iván la cabeza de turco? Veremos.

Una nueva demencia escolar

Juan Manuel de Prada *(XLsemanal)*

Tras la plaga de los «colegios bilingües», que está creando analfabetos en dos idiomas, llega una nueva demencia a las escuelas, que aboga por una enseñanza sin libros, confiada a los avances tecnológicos. Por supuesto, como también ocurrió con la nefasta educación bilingüe, esta nueva engañifa contará con la entusiástica adhesión de una generación de papás desnortados, enfermos de modernitis (pero en realidad envenenados de traumas y empachados de propaganda), que se dejarán engolosinar, convencidos de que así sus hijitos recibirán «una educación mejor que la que nosotros recibimos». Desde luego, será mucho más eficaz en el propósito de convertir a sus hijos en analfabetos funcionales, tarea que con sus padres sólo logró a medias.

A mi pobre sobrino ya le han anunciado la implantación en su escuela de este nuevo método pedagógico, que jubilará los libros de texto y lo mantendrá prendido a la pantalla de un ordenador, a través de la que recibirá «contenidos» y pondrá a prueba sus «destrezas»... ¡incluso para el dibujo! Pues estos psicópatas que pretenden arruinar a la nueva generación no se conforman con erradicar de su horizonte los libros, no se conforman con privarlos de la tentación de la escritura, también quieren evitar que empuñen un carboncillo o un pincel. Quieren tenerlos absortos ante una pantalla, convertida en una suerte de espejito que, a imitación del que halagaba a la madrastra de Blancanieves, les diga que son los mejor preparados. Y si todavía queda algún padre renuente a esta nueva forma de barbarie, se lo demoniza, señalándolo como un rigorista rancio, incapaz de dar el gran salto (hacia el vacío). Por supuesto, para la introducción de esta nueva demencia escolar, también se utilizarán diversas pamplinas emotivistas (¡gracias a la tecnología nuestros hijitos ya no tendrán que cargar con esas mochilas que les destrozan la columna!) y economicistas, con las que se tratará de enmascarar la única verdad que

importa. Una verdad demasiado dolorosa que los papás olvidan y los pedagogos al servicio de turbios intereses comerciales se esfuerzan por silenciar.

Esa verdad dolorosa la explica a la perfección el psiquiatra y neurólogo alemán Manfred Spitzer en su libro *Demencia digital*, donde nos muestra sin ambages el efecto destructivo que las nuevas tecnologías ejercen sobre nuestras conexiones neuronales y, en general, sobre el funcionamiento de nuestro cerebro. Spitzer nos recuerda que las neuronas, al igual que los músculos, se fortalecen con el ejercicio; y que unas neuronas que han dejado de afrontar retos, fiándolo todo a la información que se les suministra a través de una pantalla, acaban volviéndose perezosas y prematuramente viejas. Desde el GPS que ha embotado nuestro sentido de la orientación hasta el buscador que nos



brinda respuestas inmediatas (que olvidamos con la misma rapidez con que las obtenemos), Spitzer nos ofrece un panorama demoledor de las atrofiaciones que las nuevas tecnologías están perpetrando en nuestro cerebro, por falta de uso. Pues nuestra capacidad para descifrar el mundo es directamente proporcional al esfuerzo inquisitivo que empleamos en hacerlo.

Especialmente vulnerables a esta demencia digital son, a juicio de Spitzer, las nuevas generaciones, sometidas desde la infancia a una invasión tecnológica que encuentra uno de sus principales cómplices en esta nueva demencia educativa. Spitzer señala que los artilugios tecnológicos son incompatibles con un auténtico aprendizaje, que sólo puede alcanzarse mediante sinapsis neuronales que procesen el conocimiento. Los artilugios electrónicos reducen exponencialmente la profundidad de este procesamiento, destruyendo nuestra capacidad de concentración, aminorando nuestras posibilidades retentivas y nemotécnicas (pues siempre tendemos a olvidar más fácilmente aquello que sabemos que podremos volver a consultar fácilmente), en definitiva, agravando nuestra tendencia a la dispersión. Por no hablar de las dependencias y adicciones desintegradoras de la personalidad, así como otros trastornos neurológicos (ansiedad, hiperactividad, déficit de atención, insomnio, etcétera) que fomenta la tecnología.

Y el caso es que todos somos conscientes de los perniciosos efectos que la tecnología ejerce sobre nuestras facultades intelectivas, sobre nuestra atención, sobre nuestra memoria, sobre nuestros recursos asociativos; sobre la transmisión de conocimiento, en fin, que con la introducción de esta nueva demencia escolar será todavía más superficial e inconsistente. Pero la fascinación tecnológica (alentada de complejos y propagandas aturdidoras) es el sino de nuestra época; y en su altar se sacrifica lo que haga falta, empezando por el sentido común y terminando por nuestros hijos

Ley de expropiación de la infancia

Rafael Sánchez Saus (*Diario de Sevilla*)

Las encuestas que ayer inundaron los medios dan una abrumadora victoria a la derecha en Madrid, con alguna excepción que busca en eso, su excepcionalidad, el atractivo que la haga jaleable para beneficio del digital podemita que la ha encargado. Con todo el pescado vendido en Madrid, el interés pasa de inmediato a cómo se

las va a arreglar el PP de Casado para que Vox apoye al PP de Isabel Díaz Ayuso sin que parezca que lo hace y, por supuesto, gratis total. ¿Puede alguien creer que un partido va a ceder del orden de entre 10 y 15 escaños sin compensación alguna? Sí, se puede, y ahí está el caso andaluz para atestiguarlo. Dejemos la cosa por el momento y estemos atentos a las curvas que vienen en el campo de la derecha más o menos centrada.

Porque convendría ahora reparar en cómo el ridículo de las cuatro balas y la navajita, el vergonzoso número del debate de la SER y demás patrañas del tinglado electoral madrileño ha servido para ocultar en toda España un asunto de lo más serio y preocupante, tal como viene sucediendo desde hace un año a cuenta de las tribulaciones de la pandemia. Se trata de la llamada Ley de Protección de la Infancia, triunfalmente aprobada en el Congreso el pasado día 15 con la única oposición de Vox y del PNV, pero la de

éste por motivos competenciales.



La norma pretende, y así se nos ha presentado, «garantizar los derechos de los niños y adolescentes frente a cualquier forma de violencia» ¿Cómo puede oponerse alguien a tanta bondad? Para saberlo pueden recurrir –circula por internet– a la entrevista al diputado sevillano Francisco José Contreras, catedrático de

Filosofía del Derecho y quizá la cabeza mejor amueblada de todo el Congreso. Contreras desgrana los principios de la ley y demuestra su inspiración en la ideología de género, que traslada al corazón de la familia.

Si el concepto de violencia de género ha emponzoñado las relaciones de pareja, ahora la desigualdad legal entre sexos se lleva hasta la infancia al establecerse una diferencia entre el maltrato a niños y niñas, además de señalar nuevamente a los varones –que en ese contexto no son otros que los padres– como principales responsables. Pasito a pasito, con la colaboración de un PP errático, lo peor de la agenda progresa se va imponiendo a las familias. En la escuela y en los hogares, los hijos son cada vez menos de sus padres y más mera competencia del Estado.

Lenin y Franco

Julio Merino (*El Correo de España*)

La Historia no se repetirá, pero a veces se ríe de sí misma y da lugar a hechos o sucesos repetidos en la lejanía del tiempo. Como puede ser el caso de Lenin y Franco. 1920 y 1939. Veamos.

Se cuenta. 1920. Lo cuenta el propio protagonista, el socialista Fernando de los Ríos, en su obra *Mi viaje a la Rusia soviética*, que en el transcurso de la entrevista-audiencia que tuvo con el líder comunista, y tras escuchar durante un par de horas lo que se había hecho

en Rusia desde el triunfo de la Revolución, al sacarle el tema de las libertades Lenin le respondió con la frase que quedó para la Historia: «¿Libertad para qué?».

«Antes que libertad el pueblo ruso necesita pan, necesita tierra, necesita vivienda, trabajo, cultura, salud... Rusia necesita hospitales, fábricas, escuelas, universidades, carreteras, trenes, barcos...».

Y ahora vayamos al encuentro con Franco y a 1939.

Contaba Don Ramón Serrano Súñer (al menos así se lo oí decir un día que hablaba con Dionisio Ridruejo, el otro protagonista de la anécdota) que al finalizar la Guerra, y sin pedir audiencia, Dionisio se plantó ante Franco y un tanto chuleta, como era en aquellos tiempos (recuerdo que ambos se echaron unas risitas de complicidad latente), le soltó de sopetón:

–Mi general, sí, yo celebro la Victoria, y hasta me atrevo a decirle que más que los muchos «franquistas» que ya están surgiendo por todas partes, pero ¿no cree que con la PAZ ha llegado la hora de hablar de libertades, de la libertad de expresión, de la libertad de reunión, de cátedra, de pensamiento... Mi general, España necesita libertad.

Y Franco –decía Serrano– se quedó un momento callado... y luego, muy bajito, como hablaba él casi siempre, le respondió:

–Querido Dioniso Ridruejo, estoy de acuerdo con usted, la libertad es fundamental para los pueblos... pero –y otra vez se quedó callado– pero... ¿no cree usted que antes habrá que darle de comer y una vivienda, un trabajo, medicinas, agua, carreteras, hospitales, fábricas?... Amigo Ridruejo, no se preocupe mucho por la libertad y ayúdeme usted con sus jóvenes a darle a los españoles antes lo que más necesitan... Le aseguro que luego tendrán sus libertades.



Bueno, ya lo ven. La Historia tiene estas cosas.

«Eso sí, cuando se marchó Dionisio y me quedé a solas con Franco –contó Don Ramón– le dije: Paco, le has dicho a Dionisio lo mismo que Lenin le dijo al socialista De los Rios... ¿Libertad para qué? –Ya lo sabía. Es que Lenin era un tío listo, fijate si era listo que siendo un Dictador total tiene embobados a todos los intelectuales europeos...».

Monedero cazado en un bar:

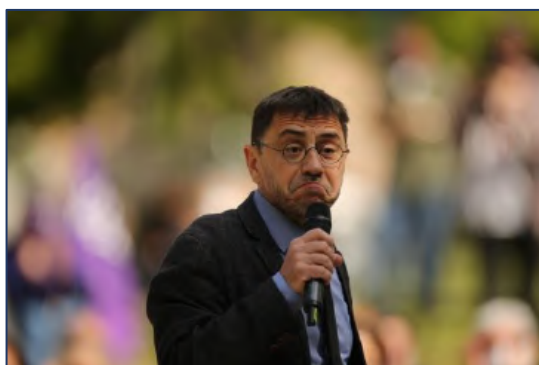
«¿Qué hacemos con los gilipollas que cobran 900 pavos y votan a Ayuso?»

Segundo Sanz (OKdiario)

El ideólogo y cofundador de Podemos Juan Carlos Monedero ha sido cazado este lunes en plena jornada de reflexión de las elecciones a la Comunidad de Madrid reconociendo el tirón, el compromiso y el discurso convincente de la presidenta regional y candidata del PP a la reelección, Isabel Díaz Ayuso. OKdiario ha tenido acceso a una grabación en la que el asesor de Pablo Iglesias, candidato de Podemos al 9M, se

pregunta con resignación: «¿Qué hacemos con los gilipollas que cobran 900 euros y votan a Ayuso?»

Monedero, que ha participado activamente en esta campaña electoral, se encontraba este lunes, a escasas horas de abrirse las urnas, compartiendo mesa y mantel con otro comensal en el bar restaurante San Onofre, ubicado en el barrio de Universidad del distrito Centro de Madrid. En la charla con su acompañante, y según la grabación a la que ha tenido acceso. *OKdiario*, el director del Instituto 25M alude a la campaña electoral de estas semanas, marcada por la «polarización». «Hay una parte de verdad en todo, una parte de verdad en cuanto peor mejor», sostiene, después de la campaña de agitación callejera de los suyos, que comenzó con las agresiones a Vox y la Policía en Vallecas.



Y es aquí, en este punto de la conversación, donde el cofundador de Podemos afirma: «No deja de ser cierto que... ¿qué haces con los gilipollas que ganan 900 pavos y dicen "voy a votar Ayuso"? Pues, ojalá te pegues una hostia, te vaya como un culo...», señala Monedero dirigiéndose al votante regeneracionista que ahora se decanta por la presidenta popular.

Comiendo una paella

Además, mientras disfrutaba de una paella en el pequeño comedor de dicho restaurante, Juan Carlos Monedero aborda la pandemia y la situación de las residencias de mayores, pese a que el ex vicepresidente social del Gobierno Pablo Iglesias se puso al frente de las mismas por delegación del mando único en la primera ola, con resultado nefasto. El cofundador lamenta que «la gente también se cree su propio discurso» y subraya que Ayuso «se ha presentado sin programa» a estas elecciones y «sin presentar la factura» de la estancia en un apartahotel del empresario Kike Sarasola en los primeros meses de la pandemia, lugar elegido por la presidenta para recuperarse tras haber contraído el coronavirus.



Precisamente, buscando embarrar el terreno de juego pese a las explicaciones ya dadas por Ayuso hace meses, Pablo Iglesias aludió al apartamento de Sarasola en el único debate de esta campaña celebrado en la cadena pública Telemadrid. Un ataque a lo personal que se encontró con una respuesta contundente de la presidenta: «La habitación de hotel me la pagué de mi bolsillo», recalcó Ayuso, que salió ganadora del debate.

De esta manera, Monedero ha admitido un día antes de estos comicios autonómicos, afrontados en clave nacional como el principio del fin del Gobierno de coalición PSOE-Podemos, la transversalidad del voto captado por Ayuso. Su gestión tanto en lo sanitario, con las áreas básicas de salud y los test masivos de antígenos, como en lo económico, mirando por la hostelería y evitando el cierre de los bares, ha sido reconocida a nivel nacional e internacional. Y ahora también por la alma mater de Podemos.